

Dedicatoria.

A la inmensidad del Pacífico, que me enseñó a escuchar el silencio. A los vientos de la Polinesia, que guiaron mi proa cuando la estrella polar se ocultaba. Y a quienes, desde tierra firme, esperan el regreso de los que navegamos buscando rastros de lo eterno en el horizonte. Dedicado a los antiguos navegantes polinesios, maestros de las estrellas y el oleaje, cuya sabiduría fue mi brújula en la soledad del mar. A su legado, que aún palpita entre las estelas de mi barco y las costas de Australia. Para aquellos que no temen a la soledad del océano. Que estas páginas sean el puerto donde descansen los sueños de quienes, como yo, cruzaron el azul para encontrarse a sí mismos.

Introducción

El eco del horizonte.

Zarpar de Valparaíso no es simplemente abandonar un puerto, es desprenderse de la seguridad del continente para entregarse al azul más profundo del planeta. Cuando las luces de la costa chilena se hundieron en la línea del horizonte, me quedé a solas con los vientos alisios, mi única posesión, y un océano que no reconoce dueños.

Este libro, "Travesía Ancestral", nace del silencio de las guardias nocturnas y del rugido de las tormentas en mitad del Pacífico. La ruta que une Chile con Australia, hilvanando el collar de esmeraldas de la Polinesia Francesa, no es un trayecto cartográfico; es un puente hacia el pasado.

Al navegar por estas aguas, uno comprende que no está descubriendo nada nuevo: estoy siguiendo la estela de los antiguos polinesios, maestros del viento y las estrellas que, siglos antes de que existieran el GPS o el sextante, ya sentían el latido de la tierra mucho antes de divisarla. En estas páginas no solo relato la logística de la navegación solitaria o el desafío físico del aislamiento. Intento descifrar que sucede en el alma de un navegante en solitario, cuando el tiempo deja de medirse en horas y comienza a medirse en nudos, fases lunares y la dirección de las olas.

Desde el misticismo de las Islas Marquesas hasta el laberinto de coral de las Tuamotu, este viaje fue una búsqueda de esa conexión perdida con la naturaleza más pura. Te invito a subir a bordo. El viento es favorable, el rumbo está marcado hacia el oeste y el pacífico tiene una historia que contarnos.

Prologo.

Este libro no es un manual de navegación, ni un diario de bitácora repleto de coordenadas y velocidades medias. Es, más bien, el mapa del alma de un hombre que decidió despojarse de la brújula de la vida moderna para reencontrarse con el ritmo primigenio del planeta. Mi viaje, desde las costas bulliciosas de Chile en Sudamérica hasta las islas esmeralda de la Polinesia y, finalmente, las costas robustas de Australia, fue un diálogo constante con el océano Pacífico: un maestro severo, a veces misericordioso, pero siempre sincero. En un mundo donde la conectividad es constante, la verdadera soledad se ha convertido en la aventura más rara y necesaria. A bordo de mi pequeño velero, aprendí que los mayores desafíos no venían de las tormentas tropicales o las fallas del equipo, sino del silencio ensordecedor de la inmensidad azul. Fue en ese silencio donde redescubrí las estrellas como guías, el oleaje como mensajero de tierras lejanas y mi propia resiliencia como motor. Este relato es un tributo a los antiguos navegantes polinesios, los verdaderos maestros del wayfinding que poblaron estas vastas aguas siglos antes que nosotros, y un recordatorio de que, incluso en la era del GPS y los satélites, la mayor aventura sigue siendo la de escucharnos a nosotros mismos. Es la historia de cómo perdí mi camino en la civilización para encontrarme en el mar.

Amar el mar.

Quienes amamos el mar, lo llevamos en nuestra esencia. Vivimos por las corrientes y las altas mareas, alternando tiernas caricias y fuerza apasionada. Cuando soy atrapado por una tormenta, me vuelvo impredecible e imposible de manejar. El mar me atrapa en tormentas emocionales repentinas, pero cuando la furia de las olas se calma, me vuelvo suave, silencioso y acogedor. El mar sabe cómo sorprenderme, por las riquezas que puedo encontrar en sus profundidades. Porque los que amamos el mar somos almas tormentosas y acogedoras en las que a muchos les gustaría vivir para siempre. Aprendo del pasado. Sueño con el futuro, pero vivo el presente cada día de la mejor manera. Lo que cuenta no siempre se puede contar. Y lo que se puede contar no siempre es importante. Amo el mar porque no me lastima, no me arranca el alma ni ahoga mi corazón en lágrimas. Para mí, el mar no es un campo de batalla donde pierdo un poco cada día. En el mar no pierdo mi sonrisa, que bajo el peso del sufrimiento silencioso. En el mar no tengo dolor, sino sanación. No hay expectativas incumplidas, decepciones ni tristeza. El mar es mi verdadero amor, es mi refugio. Es donde me siento más seguro. Donde los miedos se disuelven porque se los lleva el viento. Si el mar me hiciera llorar más de lo que me hace sonreír, si me hiciera dudar de lo que valgo y me dejara hecho pedazos, entonces no lo podría amar como lo amo. Porque el verdadero y buen amor saca risas, da paz y fuerza. Amar nunca debería significar sufrir. Cuando pruebas la libertad, es muy difícil retroceder. Mi alma es libre. No soy antisistema, pero amo estar fuera de esta sociedad. He roto con todo lo que he podido para vivir bajo una forma de vida especial. Esta es una vida alternativa. Viviendo a bordo, te sales del sistema. Te liberas y te deshaces de todo lo material que es inútil y no aporta a tu vida. Llevas dentro de ti la vida que sueñas, como una melodía que nunca se apaga. Cada pensamiento es una semilla, cada sonrisa un rayo de sol para hacerlo crecer. Que este día sea un paso más cerca del horizonte que tu corazón dibuje. Mi vida es una melodía de felicidad y sorpresa, así que doy gracias al universo infinitamente por este maravilloso regalo y luego a mi guía, un alma hermosa de bondad y benevolencia por ofrecirme su tiempo, y luego un dulce pensamiento de amor para mis amigos capitanes y navegantes. Acompáñame en este extraordinario viaje, en el que perseguimos no sólo sueños sino también metas concretas, entre las que destaca nuestra voluntad de compartir mi experiencia contigo.

Preparación de la travesía.

Preparar una travesía es planificación. En el barco llevaré inicialmente mil quinientos litros de diésel y cuatrocientos litros adicionales. Comida y agua para noventa días. El barco cuenta con desalinizador, repuestos variados que van desde filtros para el motor hasta algunos litros de aceite. Además de herramientas, medicamentos. Equipos respaldados, conexión de internet satelital, dos teléfonos satelitales, epirb, radio uhf y vhf, AIS, velas de reemplazo, cabos de reemplazo, etc. Preparar una travesía larga en velero por el Pacífico requiere una planificación meticulosa en cuatro áreas clave: el

velero, el navegante, la ruta y la logística. El barco debe ser robusto, seguro y autosuficiente. La jarcia fija de cables y obenques ya ha sido inspeccionada, así como el casco, la quilla, el timón. El motor, la transmisión, la bomba de agua y los impulsores. Llevo dos alternadores de repuesto y muchos otros repuestos críticos. He implementado aparte del piloto automático, un sistema de auto gobierno (*wind vane*). Plotter con cartas náuticas digitales, GPS, radio VHF y, para alta mar, dos teléfonos satelitales y un sistema SSB (radio de banda lateral) para comunicaciones y recepción de partes meteorológicos. Salvavidas, botiquín, medicamentos, bolsa de emergencia ("*grab bag*").

Zarpar.

Nunca estaré más listo para esta travesía. Piénsalo ahora mismo, todo está bien. No importa dónde te encuentres, No importa qué esté pasando en tu vida, debajo de todo, todo va realmente bien. Estás bien. Tienes más poder y fuerza de la que tú crees. Tienes algo en tu vida en este momento, que es desafiante o doloroso. Tal vez sea solo un recuerdo para que te cuides más. Pero he aprendido que el mar te cuida y sana de todo lo malo y de todo lo que duele. La aventura comienza en el supermercado. Comida para seis meses con un menú planificado. Mucha agua, Muchos chocolates, café, té, bolsas de basura y papel higiénico. El estanque de combustible ya va cargado a tope y siempre a mano unos bidones extras de diésel que nunca estarán de más. Siempre es mejor que so sobre a que fa falte. Con la alegría de un adolescente de cumpleaños, tramito la autorización de zarpe para cumplir las regulaciones institucionales. Y llega el momento. Enciendo el motor, recojo y aseguro el ancla, y suelto los cabos que unen las boyas que mantienen amarrado al barco, a sus cornamusas de proa y popa. Salgo a motor de la dársena Verifico e intuyo desde dónde viene el viento. Despliego la vela Génova a proa. Una vez inflada por el viento, despliego la vela mayor y ajusto la botavara. Luego apago el motor y solo siento el viento y el latido de mi corazón. El día, el agua, el sol, la luna, el viento, las olas...no puedo comprar nada de esto con dinero. Soy un navegante solitario, y la luna es mía. Me acompañará siempre a lo largo de mi vida y en cada travesía, como mi gran confidente. Elegí el mar como mi hogar. Estar en el mar es sublime. Uno de los mayores placeres de la vida es sentir su aroma, sentir el viento en la cara, admirar el vuelo de las gaviotas, compartir un buen vino con una gran langosta, jaiba, erizos o pescado. Gozar el placer de la buena mesa con la compañía insuperable del viento, el sol o la luna.